

CAURIENSIA, Vol. XII (2017) 701-736, ISSN: 1886-4945

DOI: <https://doi.org/10.17398/1886-4945.12.701>

## LA MISERICORDIA EN LOS COMENTARIOS DE SAN AGUSTÍN A LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN\*

TAMARA SAETEROS PÉREZ

*Fundación Universitaria Cervantina san Agustín (Colombia)*

PATRICIA ASTORQUIZA FIERRO

*Universidad Sergio Arboleda de Colombia*

### RESUMEN

La afirmación joánica de “Dios es amor” tiene como consecuencia el precepto de la caridad fraterna. Agustín de Hipona utiliza esta enseñanza para exhortar a sus fieles a ser coherentes con su identidad de cristianos, pues los seguidores de Cristo—Cabeza, no pueden despreciar a Cristo en sus miembros. El presente artículo analiza cómo ese precepto de la caridad, que debe ser cumplido hasta el heroísmo de dar la vida por el hermano, pasa necesariamente por ejercitar primero las obras de misericordia.

*Palabras clave:* Agustín de Hipona, caridad, misericordia, In Ioannis Epistolam, prójimo.

### ABSTRACT

John's statement "God is love" has as a consequence the commandment of fraternal charity. Augustine of Hippo uses it in order to encourage his people to be consistent

\* Este artículo es resultado del proyecto “Estudio del comentario agustiniano a la Primera Epístola de san Juan y sus influencias patrísticas” de la Facultad de Teología de la Fundación Universitaria Cervantina san Agustín (Bogotá, Colombia).

with their Christian identity because the followers of Christ, the Head, cannot despise the members of His body. This article discusses what extent the charity statement, which involves giving one's life for the others, means, first of all, to practice the works of mercy.

*Keywords:* Augustine of Hippo, charity, mercy, In Ioannis Epistolam, neighbour.

Las diez homilías que predicó Agustín de Hipona para comentar la primera carta de san Juan<sup>1</sup> ofrecen material suficiente para comprender el dolor de su corazón de pastor ante la gravedad del cisma donatista<sup>2</sup>. El partido de Donato es calificado de “anticristo” por el predicador mediante una argumentación perspicaz. Aunque es cierto que este grupo no niega que Cristo vino en la carne, motivo que hubiera bastado para desacreditar su espíritu; sin embargo, Agustín demostrará que ellos incurren en esta negación al no obrar a imitación del Divino Salvador, quien se encarnó llevado de su amor al género humano. De modo que, mientras la Encarnación del Verbo fue motivada por la caridad, los cismáticos rompen la comunión con la Iglesia, traicionan la caridad y, como consecuencia de esto, son anticristos, llamados por el Obispo de Hipona a volver a la unidad.

Imitando el proceder del apóstol Juan al encarecer la caridad en su carta, Agustín la encomiará de modo sublime en su comentario. Sin embargo, su afirmación insistente acerca del comienzo de la caridad en la práctica de la misericordia con el hermano<sup>3</sup> nos ha hecho centrar la atención en este tema, a fin de presentar una reflexión que contribuya, desde el pensamiento agustiniano, a alimentar la profunda vivencia eclesial que ha dejado como fruto el último año jubilar celebrado en la Iglesia católica, un año en el que se experimentó con fuerza la hondura de la misericordia divina.

Para el obispo de Hipona, monumento de la misericordia divina, la caridad languidece si, en esta vida, no se concreta en el ejercicio de la misericordia con el que sufre o pasa necesidad. Más aún, las obras de misericordia se presentarán

1 En nuestro artículo “Estudio del comentario agustiniano a la primera epístola de san Juan” demostramos que no existen, en lengua castellana, estudios sistemáticos de las homilías de San Agustín sobre la primera carta de San Juan. El artículo concluyó con la perspectiva de incoar dichos estudios para subsanar tal vacío académico. Cf. T. Saeteros, *Cauriensa, revista anual de ciencias eclesiásticas*, vol II (2016): 651-674.

2 Los donatistas sostenían que la verdadera Iglesia de Cristo era la iniciada por Donato en África, al resto de las iglesias en el mundo les reconocían el carácter de “cristianas”.

3 Cf. Agustín de Hipona, *In epistolam ad parthos Iohannis tractatus*, 6, 1: PL 35, 2019.

Para la traducción española seguimos la versión de Pío de Luis Vizcaino, *Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* (Madrid: BAC, 1985). En adelante: *In Io. ep.*

como un camino, una vía para llegar a la perfección heroica de la caridad,<sup>4</sup> meta de la ascesis cristiana, en tanto que permite al hombre liberarse del lastre de su propio egoísmo y alcanzar el amor puro de Dios.

## I. MISERIA Y MISERICORDIA

En el sermón 358 A, san Agustín explica qué es la misericordia.

“Deseo traer algo a la memoria de vuestra santidad; aunque con frecuencia he experimentado que estáis dispuestos para toda obra buena, no obstante es preciso que os dirija un sermón esmerado sobre ello. Se trata de lo siguiente: ¿qué es la misericordia? No otra cosa sino una cierta miseria contraída en el corazón. La misericordia trae su nombre del dolor por un miserable, la palabra incluye otras dos: miseria y corazón. Se habla de misericordia cuando la miseria ajena toca y sacude tu corazón”.<sup>5</sup>

Efectivamente, la misericordia implica inclinar el corazón hacia el miserable. Siglos más tarde lo corroborará Tomás de Aquino: “Según san Agustín en IX De civ. Dei, la misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón ante la miseria de otro, sentimiento que nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos”<sup>6</sup>.

De manera que la misericordia conlleva la benevolencia del que acepta cargar con el otro, porque éste no es feliz; se deja tocar, se deja sacudir e interpelear por su miseria, la acoge y desea remediarla<sup>7</sup>.

Con vistas a profundizar en el concepto de misericordia dentro del marco explicativo de las homilias joánicas de Agustín, nos detendremos en el objeto de tal sentimiento, a saber, la miseria del semejante.

4 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 6, 1: PL 35, 2019.

5 “De bono misericordiae sanctitatem vestram admonere desideramus: quamquam in omni opere bono pronos vos esse saepe experti sumus, tamen ut de hac re studiose conlatum sermonem habeamus necesse est. Tractamus igitur, quid est misericordia? Non aliud nisi cordis quaedam contracta miseria. De dolore miseri misericordia dicta est: utrumque ibi sonat, et miseria et cor. Cum ergo tangit et percutit cor tuum aliena miseria, misericordia dicitur”. *Sermón 358 A* (Morin 5), traducción de Pío de Luis Vizcaíno (Madrid: BAC, 1985), 1: PLS 2, 671–672.

6 Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, traducción dirigida por Francisco Barbado Viejo (Madrid: BAC, 1959), II-II, q.30, a.1, resp.

7 Siguiendo la tradición agustiniana, afirma Tomás de Aquino que a Dios le pertenece la misericordia en grado sumo por el efecto que ésta produce, a saber, el poder desterrar la miseria ajena como si fuera propia. Cf. Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, q. 21, a. 3, resp.

Concretamente, la miseria no consiste en cualquier mal sobrevenido sino en aquel que padece quien puede ser feliz<sup>8</sup>. La miseria es el mal que se sufre y es contrario a la felicidad, a la bienaventuranza: “Ahora bien, lo mismo que la miseria se opone a la felicidad y la muerte a la vida, así parece oponerse la guerra a la paz”.<sup>9</sup>

En consecuencia, solo el hombre y el ángel pueden sufrir la miseria: el hecho de haber sido creados para la felicidad hace que la frustración de esta inclinación natural los convierta en míseros. Por esto mismo, la máxima miseria consiste en la carencia de plenitud de la naturaleza racional, de ahí que la máxima y verdadera miseria es estar sin Dios.

“Para la criatura racional o intelectual no hay bien posible que le haga feliz más que Dios. Y aunque no todo ser creado puede ser feliz (la bestia, por ejemplo; un leño, una piedra, etc., no pueden alcanzar, no son capaces de este don); sin embargo, los que lo pueden ser no lo son por sí mismos, puesto que han sido creados de la nada, sino por aquel que los ha creado. *Poseerlo es su felicidad; perderlo, su miseria*. Sólo quien es feliz por ser él mismo su propio bien, sin recibirlo de nadie, es quien *no puede ser mísero*, porque a sí mismo no se puede perder (...) No hay duda: puesto que todo vicio perjudica a la naturaleza, incluso el vicio de los ángeles malos, que es su separación de Dios, pone claramente de manifiesto que Dios ha creado su naturaleza con un tal grado de bondad, *que no estar con Dios es su daño*”.<sup>10</sup>

De aquí se sigue que todo lo que nos aleja de Dios también es miseria. Así, el pecado mismo es miseria, porque es intrínsecamente un acto de rechazo de Dios. El pecado como acto voluntario no cumple cabalmente el concepto de miseria por cuanto la miseria “se sufre”, mientras que el pecado “se elige”, sin

8 Cf. Agustín de Hipona, *Contra Iulianum opus imperfectum*, 5, 60: PL 45, 1494–1495.

9 “Sed quoniam sicut miseria beatitudini et mors vitae, ita bellum paci videtur esse contrarium”. Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, traducción de Santos Santamarta y Miguel Fuertes (Madrid: BAC, 2009), 19, 28: PL 41, 658.

En este sentido, y siguiendo a Agustín, Tomás de Aquino afirma que “no todo defecto puede ser llamado propiamente “miseria”, sino sólo los defectos de la naturaleza racional, a la que le corresponde ser feliz; ya que la miseria se opone a la felicidad”. *S. Th.*, I, q.21, a.4, resp.

10 “Non est creaturae rationalis vel intellectualis bonum, quo beata sit, nisi Deus. Ita quamvis non omnis beata possit esse creatura (neque enim hoc munus adipiscuntur aut capiunt ferae ligna saxa et si quid huius modi est), ea tamen, quae potest, non ex se ipsa potest, quia ex nihilo creata est, sed ex illo, a quo creata est. Hoc enim adepto beata, quo amisso misera est. Ille vero qui non alio, sed se ipso bono beatus est, ideo miser non potest esse, quia non se potest amittere. (...) Quapropter etiam vitium malorum angelorum, quo non adhaerent Deo, quoniam omne vitium naturae nocet, satis manifestatur Deum tam bonam eorum creasse naturam, cui noxium sit non esse cum Deo”. Agustín, *De civ. Dei*, 12, 1, 2.3: PL 41, 349–350. (Las cursivas de la cita son nuestras).

embargo, la deformidad entrañada en el pecado, es decir, la culpa, sí lo cumple propiamente, pues nadie elige la culpa por ella misma, sino con vistas al bien aparente que busca.

En este sentido, la criatura racional puede elegir entre ser feliz o ser miserable, entre el amor a Dios, Bien Supremo, o el amor a sí misma, bien caduco e insuficiente para alcanzar la dicha perfecta. Por este motivo, el ser humano (y el ángel) es culpable de su propia miseria pues su pecado voluntario es la causa de su propia deformidad.

Todas las consecuencias dañosas del pecado –distintas ellas mismas de la culpa– son también miserias. Los efectos del pecado que hieren al hombre pueden provenir de su propia culpa o de la de otro, pero nunca son queridas en sí mismas. Estas consecuencias parecen implicar mayor miseria que la misma culpa, por ser ellas no solo contrarias a la naturaleza racional, sino además sufridas y de ningún modo elegidas. La condenación eterna es la miseria por antonomasia; pero también son miserias producidas por el pecado todos los males del cuerpo y del alma: el desorden interior, la ignorancia, la debilidad moral, la desunión con los semejantes, el cansancio, la enfermedad, la ineficacia de los propios esfuerzos, el desequilibrio de la naturaleza, la muerte física... No obstante ser estos daños más contrarios a la voluntad del pecador son, en realidad, menos “malos” que la culpa misma porque son efectos de la justicia divina y participación en el orden del Universo. En este último sentido hay más miseria en la culpa que en el castigo.<sup>11</sup>

En el caso del ser humano, no solo se debe llamar miseria a los efectos directos del pecado, sino también a todo aquello que nos dificulta alcanzar la vida bienaventurada. La condición corpórea de la naturaleza humana pide su realización integral a partir del uso de los bienes temporales rectamente ordenados al fin último y, por ello, hace que también sea miserable el hombre que no posee la estabilidad material indispensable para remontarse a la contemplación y realizar acciones en favor del bien común. Las necesidades primarias del hombre no satisfechas aumentan la miseria del mundo y reclaman las obras de misericordia pertinentes para darles socorro.

En definitiva, para Agustín, la miseria es intrínseca a la condición humana después de la caída, situada en un mundo creado de la nada y todavía en devenir. Por tanto, la valoración real de esta vida presente debe hacerse con la mirada puesta en la vida futura, puesto que, desde esa perspectiva, la presente vida no es vida, sino muerte. Mientras que la futura es la vida en plenitud:

11 Cf. Agustín de Hipona, *De ordine* 2, 7, 23:PL 32, 1005.

“La morada actual es ciertamente morada de escándalos, de tentaciones y de toda clase de males para que gimamos aquí y merezcamos gozar allí, para ser atribulados aquí y consigamos ser consolados allí y decir: *Porque libraste a mis ojos de lágrimas y a mis pies del resbalón, agradaré al Señor en la región de los vivos*. La morada actual pertenece a los muertos. Desaparecerá la morada de los muertos y se presentará la de los vivos. En la morada de los muertos tiene lugar el trabajo, el dolor, el temor, la tribulación, la tentación, el gemido y el llanto. Aquí viven los falsos felices, los verdaderos infelices, porque la falsa felicidad es verdadera miseria”.<sup>12</sup>

Esta miseria se agrava cuando se cree posible encontrar aquí la felicidad, porque cegado con tan gran engaño, el hombre gasta su vida buscando en las cosas de este mundo una plenitud que no hay, y acaba hastiado y vacío de la vida presente y sin haber atesorado nada para la vida futura, habiendo perdido así ésta y aquélla. Ésta es la morada de la fatiga que no puede permanecer en la misma actividad y que requiere reponer las fuerzas después de la misma. Es la casa del dolor físico y moral que aquejan un cuerpo corruptible y un alma herida por la concupiscencia. Es tierra de tribulaciones y tentaciones, que persiguen al peregrino que busca volver a la patria y se distrae o se desvía del camino. Es lugar de temor en el que, lo que difícilmente se consigue, presto se puede perder. Y es, en fin, mansión de gemidos y llanto al contemplar cómo las esperanzas de alegría se desvanecen o se frustran.

La miseria de la presente vida es más radicalmente grave para los que buscan en ella su felicidad, pero es más dolorosa y sufrida para los que la reconocen, pues son más conscientes de ella. Para estos la vida presente *no está* llena de miserias, como hechos puntuales que los atribulen, sino que *es ella misma* un estado de miseria en comparación con la vida bienaventurada.

“Efectivamente, quien no atraviesa, piensa que no hay más tribulación que la que sobreviene únicamente por algún triste acontecimiento temporal, pero el que atraviesa juzga tribulación toda su vida. Pues de tal modo ama la patria

12 “Utique regio ista scandalorum est, et tentationum, et omnium malorum, ut gemamus hic, et mereamur gaudere ibi; hic tribulari, et consolari ibi, et dicere: *Quoniam exemisti oculos meos a lacrymis, pedes meos a labina; placebo Domino in regione vivorum*. Ista regio mortuorum est. Transit regio mortuorum, venit regio vivorum. In regione mortuorum labor, dolor, timor, tribulatio, tentatio, gemitus, suspirium: hic falsi felices, veri infelices; quia falsa felicitas, vera miseria est”. Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los Salmos (3<sup>o</sup>)*. Editado por Balbino Martín Pérez, (Madrid: BAC, 1966, vol. 21), 85, 24: PL 37, 1099. En adelante: *En. in ps.*

eterna, que la misma peregrinación terrena le sirve de grandísima tribulación.”<sup>13</sup>.

Sin embargo, Agustín señala la manera de escapar de esta miseria:

“El que reconoce hallarse en la verdadera miseria, se hallará en la verdadera felicidad. Por tanto, ahora, como eres infeliz, oye al Señor, que dice: Bienaventurados los que lloran. ¡Oh, bienaventurados sollozantes! Nada hay tan unido a la miseria como el llanto y nada tan distante y opuesto a ella como la felicidad. Tú nombraste a los sollozantes y a los bienaventurados. Entended, dice, lo que digo; digo que son bienaventurados los que lloran. ¿Cómo bienaventurados? En esperanza. ¿Cómo sollozantes? En la realidad. (...) Cuando desaparezca nuestro llanto, todos a una, formando un solo pueblo, una sola patria, seremos consolados millares de millares con los ángeles, que cantan a Dios, con los coros de las celestes potestades, que moran en la única ciudad de los vivientes.”<sup>14</sup>

La bienaventuranza de los que lloran debe comprenderse a la luz de la doctrina agustiniana del *pondus amoris*, puesto que en el siglo presente todos lloran: tanto los buenos como los malos tienen problemas y dolores. Pero los malos lloran a causa de amar la realidad terrena en exceso y no encontrar en ella su descanso. Por su parte, los buenos lloran como muestra de su inconformismo con el mal,<sup>15</sup> como una manera silenciosa y comprometida de luchar contra él.

13 “Etenim unusquisque nondum transiliens, nondum putat esse tribulationem, nisi quae acciderit huic vitae ex aliquo tristi tempore: at vero ille transiliens, totam vitam istam tribulationem suam reputat. Sic enim amat patriam supernam, ut terrena peregrinatio ipsa sit maxima tribulatio”. Agustín, *En. in ps.* 76, 4: PL 36, 972.

14 “Qui vero se agnoscit in vera esse miseria, erit etiam in vera felicitate: et tamen nunc quia miser es, Dominum audi dicentem: *Beati lugentes*. O, *beati lugentes*! Nihil tam coniunctum miseriae quam luctus; nihil tam remotum et contrarium miseriae quam beatitudo: tu dicis lugentes, et tu dicis beatos! Intellegite, inquit, quod dico: beatos dico lugentes; quare beati? In spe. Quare lugentes? In re. (...) Cum autem transierit gemitus noster, omnes in una voce, in uno populo, in una patria consolabimur, millia millium coniuncta psallentibus Angelis, choris coelestium Potestatum in una civitate viventium”. Agustín, *En. in ps.* 85, 24: PL 37, 1099.

15 Ratzinger expresa bellamente el poder de este inconformismo: “Aunque no está en sus manos cambiar la situación en su conjunto, se enfrentan al dominio del mal mediante la resistencia pasiva del sufrimiento: la aflicción que pone límites al poder del mal... el inconformismo con el mal, una forma de oponerse a lo que hacen todos y que se le impone al individuo como pauta de comportamiento. El mundo no soporta este tipo de resistencia, exige colaboracionismo. Esta aflicción le parece como una denuncia que se opone al aturdimiento de las conciencias, y lo es realmente. Por eso los afligidos son perseguidos a causa de la justicia”. J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración* (Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2007) 115–116.

Saben que la felicidad no se halla aquí y tampoco pretenden encontrarla, sino *atravesar* todo lo temporal a fin de hallar el consuelo en lo eterno.

El único consuelo del *atravesante*<sup>16</sup> se encuentra en el Señor. El mal de este mundo le aflige a tal punto que no quiere consolarse más que en Dios:

“Óyelo en otro salmo; también es su voz la que allí habla: *La tristeza se apoderó de mí por causa de los pecadores que abandonaron tu ley*. Dice éste que se vio afectado de tan gran tristeza por este género de mal, que su alma se negó a ser consolada. Casi le había anegado en absoluto el hastío, y la tristeza le había sumergido irreparablemente por completo; y por lo mismo se niega a ser consolado. ¿Qué le quedaba ya, pues? Ante todo, ve cómo se consuela. ¿No había esperado que alguno se entristeciera con él y no le encontró? ¿A qué consuelo se dirigirá aquel a quien el tedio le había invadido debido a los pecadores que abandonaron la ley de Dios? ¿Adónde se dirigirá? (...). Herido, pues, por la multitud de escándalos, como por infinidad de llagas, se abroquela contra el consuelo humano e impide que su alma sea consolada. ¿Cómo vive? ¿Cómo respira en estas circunstancias? *Me acordé de Dios y me deleité*. Sus manos no trabajaron en vano; encontraron un gran consolador.”<sup>17</sup>

Todas las miserias del prójimo son objeto de la misericordia: las del cuerpo y las del alma, ignorancia, debilidad, vicio, y especialmente el pecado. El misericordioso las siente como si fuesen propias y procura eliminarlas, en la medida de sus posibilidades.

La constatación de la miseria humana y su precaria existencia es motivo del abajamiento de la misericordia y consolación divinas; las cuales posibilitan que también nosotros podamos practicarla con los hermanos, al modo en que el recipiente lleno rebosa y comunica su contenido.

16 La imagen del *atravesante* la construye Agustín a partir del nombre de *Iditho* que aparece en el frontispicio del salmo 76, y a este personaje le da la voz del orante del salmo.

17 “Audi hoc ex alio psalmo. Ipsius enim et ibi vox est: *Taedium detinuit me, a peccatoribus relinquentibus legem tuam*. Tanto ergo taedium de huiusmodi malo affectum se iste dicit, ut negaret consolari anima ipsius. Prope absorbuerat eum taedium, tristitiaque eum omnino irreparabiliter merserat; negat se consolari. Quid igitur restabat? Primo vide unde consoletur. Nonne sustinuerat qui simul contristaretur, et non invenerat? Quo enim se verteret ad consolationem, quem occupaverat taedium de peccatoribus relinquentibus legem Dei? Quo se verteret? (...) Percussus ergo scandalis abundantibus, quasi multis vulneribus, clausit se contra humanam consolationem, et negavit consolari anima ipsius. Et unde vita? unde respiratio? *Memor fui Dei, et delectatus sum*. Non frustra manus operatae fuerant; invenerant magnum consolatorem”. Agustín, *En. in ps. 76, 5-6, PL 36, 974*.



## II. LAS OBRAS DE MISERICORDIA SON EL COMIENZO DE LA CARIDAD...

Como se decía en la introducción, los donatistas han roto con el vínculo de caridad que les unía a la comunión del Cuerpo de Cristo y, por este motivo, son los anticristos de los que habla el apóstol Juan. El obispo de Hipona conduce con habilidad a sus oyentes contemporáneos y a sus lectores de hoy a asentir ante la solidez de su argumento.

No obstante, la sospecha persiste: si es anticristo todo aquel que niegue a Cristo, concretamente quien “niega que Jesús es el Cristo”<sup>18</sup>, parece que ni los donatistas ni los católicos incurren en este error. Efectivamente, ambos afirman la Encarnación del Verbo. Pero si se indaga el motivo de este abajamiento de Dios, no encontramos otro que la caridad. Afirma Agustín: “La caridad, pues, fue la que le condujo a encarnarse. Por tanto, quien no tiene caridad, niega que Cristo haya venido en la carne”.<sup>19</sup> En consecuencia, del hecho de mantener o no la caridad se seguirá la distinción entre el cristiano y el anticristo.

Ahora bien, ningún grupo cismático estará dispuesto a reconocer que, efectivamente, se han apartado de la caridad fraterna, sino que, por el contrario, acusan al grupo enemigo de atentar contra la caridad por haber perdido la fidelidad al espíritu del cristianismo primitivo. Este debate se repite constantemente a lo largo de la historia de la Iglesia puesto que siempre es preferible descubrir el error en el otro antes que en uno mismo.

Pero si ambos grupos creen tener caridad, ¿cómo discernir entonces, quién posee la verdadera caridad? La respuesta más inmediata a esta pregunta es que la caridad se reconoce por las obras, o más precisamente, *la ausencia de caridad se reconoce en las obras contrarias a la caridad*.

“Hay cierto pecado que no puede admitir quien ha nacido de Dios; un pecado que, si no se admite, se borran todos los demás y, si se admite, se ratifican también todos. ¿Qué pecado es éste? Obrar contra el mandamiento de Cristo, contra el testamento nuevo. ¿Cuál es el mandamiento nuevo? *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros*. Quien obra contra la caridad y contra el amor fraterno, no ose gloriarse y sostener que ha nacido de

18 1 Jn 2, 22.

19 “Caritas ergo illum adduxit ad carnem. Quisquis ergo non habet caritatem, negat Christum in carne venisse”. Agustín, *In Io. ep.*, 6, 13: PL 35, 2028.

Dios; en cambio, quien esté asentado en el amor fraterno, en ningún modo puede cometer ciertos pecados y, en particular, el de odiar al hermano”<sup>20</sup>.

Agustín establece un principio firme, que repite continuamente en el desarrollo de sus homilias: el verdadero cristiano nunca obra contra la caridad, porque si es cristiano en la realidad y no solo en el nombre, lleva la caridad como raíz de todas sus obras. En cambio, el falso cristiano, el anticristo, puede ser descubierto cuando atenta contra el amor fraterno: contra el bien del prójimo o contra el bien de la Iglesia.

“Ahí está, hermanos, el criterio para discernir a los hombres. Nadie preste atención a las palabras, sino a los hechos y al corazón. Si no obra bien en favor de sus hermanos, muestra lo que tiene en su interior. Los hombres se disciernen en las pruebas”.<sup>21</sup>

¿Cuál ha sido la obra de los donatistas? Apartarse de la unidad de la verdadera Iglesia, pues la Iglesia Católica tiene a su favor el testimonio de las Escrituras: la verdadera Iglesia no es “nacional” ni “regional”, sino universal. Si Cristo es la piedra que llenó el orbe de la tierra, su tienda es la Iglesia extendida de Oriente a Occidente. Se demuestra que amas esa herencia si no rompes la comunión con ella. “¿En qué se prueba que amamos la fraternidad? En que no rasgamos la unidad, en que mantenemos la caridad”.<sup>22</sup> Son de Cristo los que mantienen la unidad de la caridad con el Cuerpo de Cristo, su Iglesia. Son anticristos los que rompen la unidad del Cuerpo de Cristo.<sup>23</sup>

20 “Est quoddam peccatum quod non potest admittere ille qui natus est ex Deo; et quo non admissio solvuntur caetera, quo admissio confirmantur caetera. Quod est hoc peccatum? Facere contra mandatum Christi, contra testamentum novum. Quod est mandatum novum? Mandatum novum do vobis, ut vos invicem diligatis. Qui facit contra caritatem et contra dilectionem fraternam, non audeat gloriari, et dicere natum se esse ex Deo: qui autem in dilectione fraterna constitutus est, certa sunt peccata quae non potest admittere, et hoc maxime ne oderit fratrem”. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 3: PL 35, 2013–2014.

21 “Hinc ergo discernuntur homines, fratres mei. Nemo attendat linguas, sed facta et cor. Si non bene faciat pro fratribus suis, ostendit quid in se habeat. Tentationibus probantur homines”. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 8: PL 35, 2017.

22 “Unde probatur quia amamus fraternitatem? Quia non scindimus unitatem, quia tenemus caritatem”. Agustín, *In Io. ep.*, 2, 3: PL 35, 1992.

23 “Pues tenemos el testamento con la herencia del Señor, lo leemos y en él nos encontramos nosotros: *Te daré los pueblos gentiles como heredad, como posesión los confines de la tierra*. Estamos en posesión de la herencia de Cristo; ellos no la poseen; no están en comunión con el orbe de la tierra, no están en comunión con el conjunto de los redimidos por la sangre del Señor. Tenemos al mismo Señor que, una vez resucitado de entre los muertos, se ofreció para que lo tocaran con sus manos los discípulos que dudaban. Y como aún persistían en la duda, les dijo: *Convenía que Cristo sufriera la pasión y que resucitara al tercer día, y que en su nombre se predicara la penitencia y el perdón de los pecados*. ¿Dónde? ¿Siguiendo qué ruta? ¿A quiénes? *En todos los pueblos de la gentilidad, comenzando por*

A renglón seguido, Agustín advierte que no solo los donatistas son “anticristos”. Señala que dentro de la Iglesia hay escondidos muchos anticristos, lobos con piel de oveja. Son todos aquellos que se dicen cristianos y afirman que “Jesús es el Cristo”, pero que con sus obras niegan a Cristo, pues viven en contra de sus mandatos, principalmente, el de la caridad.<sup>24</sup>

Quien obra atentando contra la caridad no puede poseerla dentro de sí mismo: por sus obras reconocemos que carece de caridad. Ahora bien, ¿cómo reconocer al que sí la tiene? ¿Basta mirar el testimonio de sus obras? De entrada, pareciera que hay verdadera caridad en quien realiza las obras de la caridad. Sobre esta opinión volveremos más adelante.

Llama la atención que, en las homilías aquí tratadas, el obispo de Hipona circunscribe las obras de caridad a las obras en beneficio del prójimo: dar la vida por el hermano y todas las llamadas “obras de misericordia”. Esta aparente reducción del ámbito de acción de la caridad la justifica Agustín fundándose en la carta joánica:

“Ama, pues, al hermano y quédate tranquilo. No puedes decir: “Amo al hermano, pero no amo a Dios”. Como mientes si dices que amas a Dios cuando no amas al hermano, así te engañas cuando dices que amas al hermano, si piensas que no amas a Dios”.<sup>25</sup>

¿Y el amor al enemigo?, ¿acaso no es la máxima expresión de la caridad, quizás más que el amor al hermano y al amigo? Ciertamente implica un amor más intenso a Dios, pero agudamente incide nuestro autor en que el amor al enemigo no se da “en cuanto enemigo”, sino en cuanto que puede llegar a ser nuestro hermano y amigo. La caridad nunca ama el mal que hay en el semejante, sino la bondad que puede aflorar en él si acepta la gracia divina.<sup>26</sup>

Parece, pues, sostenible, que la verdadera caridad se manifiesta en las obras de amor a los hermanos. Sin embargo, todavía cabe preguntarse por qué, tanto el apóstol Juan en su epístola como Agustín en las correspondientes homilías, menciona como obras de amor fraterno, después de la de trabajar por la unidad, aquellas que se dirigen a remediar los males del prójimo... ¿por qué no habla

*Jerusalén.* Nuestra seguridad acerca de la unidad de la herencia es plena. Quien no entra en comunión con esta herencia, sale fuera”. Agustín, *In Io. ep.* 3, 7: PL 35, 2001.

24 Cf. Agustín, *In Io. ep.* 3, 9: PL 35, 2002–2003.

25 “Dilige ergo fratrem, et securus esto. Non potes dicere: Diligo fratrem, sed non diligo Deum. Quomodo mentiris si dicas: Diligo Deum, quando non diligis fratrem; sic falleris, quando dicis: Diligo fratrem, si putes quia non diligis Deum”. Agustín, *In Io. ep.* 9, 10: PL 35, 2052.

26 Cf. Agustín, *In Io. ep.* 8, 10: PL 35, 2041–2042.

del amor que se deleita en las virtudes del hermano o en su colaboración para hacer el bien o en la alabanza comunitaria?<sup>27</sup> Quizás porque estos actos de amor son actos de complacencia interior cuya manifestación exterior es menos clara; o más probable aún, porque en esta vida, “miseria” y “llena de miserias”, el amor se prueba en el sacrificio, y las obras de beneficencia al mísero (material o espiritual) siempre implican un grado de renuncia a lo propio: renuncia a los propios bienes, renuncia al propio tiempo, a los gustos personales.

Por este motivo, Agustín se enfoca más en el segundo argumento: en efecto, en este mundo peregrino, en el cual todos padecemos las miserias que conlleva el pecado, las obras de beneficencia con el prójimo son las manifestaciones más propias de la caridad fraterna.

El obispo de Hipona sabe muy bien que las obras dirigidas a erradicar la miseria del prójimo no son las únicas obras de la caridad, ni las más excelsas, pues cuando acaben las miserias se acabarán también este tipo de acciones.<sup>28</sup> Sin embargo son, en el siglo presente, señales *más seguras* de caridad que las que implican mero deleite y complacencia, por presuponer algún grado de negación propia (incluso al nivel de las meras cosas materiales) en pro del servicio del prójimo y, en este sentido, manifiestan aquel amor de Dios que llega hasta el desprecio de sí.<sup>29</sup>

Ahora bien, las obras de servicio al prójimo son obras nacidas de la misericordia, pues buscan remediar sus miserias, corporales o espirituales, grandes o pequeñas. Ciertamente no toda caridad es misericordia, pero toda *verdadera* misericordia es caridad, porque es efecto *necesario* del amor fraterno identificarse con el hermano, sentir sus males como propios y querer y hacer lo posible para eliminarlos. En palabras de Agustín: “Hermanos míos, considerad que *todas las obras buenas que realizamos en esta vida caen dentro de la misericordia*”.<sup>30</sup>

Acerca de este punto el Doctor de la caridad expone a sus fieles una doctrina sugerente y alentadora: la caridad *no nace perfecta y madura, sino que debe crecer*,<sup>31</sup> o más precisamente, debemos “trabajar” para que crezca hasta llegar

27 Toda misericordia verdadera y perfecta implica caridad, pero no todo acto de caridad es un acto de misericordia: como cuando amamos a un hombre virtuoso, dice Agustín (cf. *De Trinitate* 8, 6, 9: PL 42, 953–956) haciendo eco del clásico planteamiento aristotélico.

28 Cf. Agustín, *Sermo 358 A*, 2: PLS 2, 671–672.

29 Cf. Agustín, *De civ. Dei.*, 14, 28: PL 41, 436.

30 “Attendite itaque, fratres mei, *omnia bona opera, quae in vita agimus, ad misericordiam pertinere*”. Agustín, *Sermo 358 A*, 1: PLS 2, 671–672. La cursiva es nuestra.

31 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 4: PL 35, 2014 e *In Io. ep.*, 5, 12: PL 35, 2018–2019.

al culmen de la caridad fraterna, la de aquel que está dispuesto a morir para salvar a sus hermanos:

“Si hay alguno que tiene tal caridad que esté dispuesto incluso a morir por los hermanos, en ése la caridad ha alcanzado la perfección. Pero ¿acaso es ya totalmente perfecta nada más nacer? No; nace para alcanzar la perfección. Una vez que ha nacido, se nutre; nutrida, se fortalece; fortalecida, alcanza la perfección. Y una vez que ha alcanzado la perfección ¿cómo se manifiesta? *Para mí vivir es Cristo y una ganancia el morir... Deseaba morir y estar con Cristo, pues era con mucho lo mejor; pero en atención a vosotros es necesario que permanezca en la carne.* Quería seguir en vida en atención a las personas por quienes estaba dispuesto a morir”.<sup>32</sup>

¿Cuál es el *alimento* que nutre la caridad? La Palabra de Dios. ¿Cuál es el *ejercicio* que dispone para fortalecer la caridad? Las obras de misericordia. Por este motivo, Agustín las entiende como “comienzo” de la caridad. E incluso las reclama como una confirmación del nombre de cristiano, puesto que no se puede ser indiferente al dolor de quien, junto a uno mismo, ha sido redimido con la misma sangre.

“Ved dónde comienza la caridad. Si aún no has llegado a la disponibilidad para dar tu vida por el hermano, hállate dispuesto a hacerle partícipe de tus riquezas. Comience la caridad a sacudir tus entrañas, para que no lo hagas movido por el orgullo, sino por la abundancia íntima de tu misericordia. Pues si no eres capaz de dar a tu hermano lo que tienes de superfluo, ¿cómo vas a poder entregar tu vida por él? Tienes depositado en un lugar oculto el dinero que los ladrones pueden quitarte. Y, si no te lo quitan los ladrones, lo tendrás que abandonar a la hora de la muerte, aún en el caso de que en vida no te abandone a ti. ¿Qué has de hacer entonces con él? Siente hambre tu hermano, se halla necesitado; quizá ni respira, apremiado por un acreedor; él no tiene, pero tú sí. Es tu hermano, habéis sido rescatados a la vez, el precio pagado por ambos es el

32 “Si quis tantam habuerit caritatem, ut paratus sit pro fratribus etiam mori, perfecta est in illo caritas. Sed numquid mox ut nascitur, iam prorsus perfecta est? Ut perficiatur, nascitur: cum fuerit nata, nutritur; cum fuerit nutrita roboratur; cum fuerit roborata, perficitur: cum ad perfectionem venerit, quid dicit? *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum. Optabam dissolvi et esse cum Christo; multo enim magis optimum: manere in carne necessarium propter vos.* Propter eos volebat vivere, pro quibus paratus erat mori”. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 4: PL 35, 2014.

mismo, uno y otro habéis sido rescatados por la sangre de Cristo. Mira si te compadeces de él, en caso de tener bienes del mundo”.<sup>33</sup>

Por tanto, el que ve en sí mismo que su caridad es pequeña, que no se desanime, sepa que es posible acrecentar la caridad hasta llevarla a su plenitud. La caridad sigue, comúnmente, el dinamismo de retroalimentación característico de las virtudes morales: se desarrolla y se manifiesta en las obras de misericordia, puesto que son sus frutos y, además, con ellas se fortalece y acrecienta.

“Aquí se halla, por tanto, el comienzo de la caridad, hermanos: en dar de lo que uno tiene de superfluo al necesitado, al que se encuentra en algún tipo de apuro; en liberar de la tribulación temporal al hermano con aquello de que uno tiene abundancia en el tiempo. Éste es el inicio de la caridad. Si nutres con la palabra de Dios y la esperanza de la vida futura la caridad incoada, llegarás a aquella perfección que consiste en estar dispuesto a entregar tu vida por los hermanos”.<sup>34</sup>

Con este realismo, el predicador quiere llevar a sus oyentes a aterrizar los ideales. La caridad perfecta, que impulsa a entregar la propia vida, no se improvisa, no es fruto de un arrojito de valor –al menos no en el común de los casos– puesto que implica un sacrificio supremo. Sin embargo, esta fortaleza puede adquirirse, como se ha ido comentando, si se realizan pequeños y constantes esfuerzos por negarse a uno mismo en favor de los hermanos.

Antes de plantearse si uno podrá llegar a la heroicidad del martirio por amor, hay que examinar si mi amor es suficiente como para hacer algo más pequeño: dar mis bienes al hermano que los necesita. Agustín es claro: empieza por aquí y verás cómo, con la gracia divina, tu caridad alcanza su perfección.

33 “Ecce unde incipit caritas. Si nondum es idoneus mori pro fratre, iam idoneus esto dare de tuis facultatibus fratri. Iam percutiat viscera tua caritas, ut non de iactantia facias, sed de intimo adipere misericordiae; ut consideres illum in egestate positum. Si enim superflua non potes dare fratri tuo, animam tuam potes ponere pro fratre? lacet pecunia in sinu tuo, quam tibi fures possunt auferre; et si illam non auferent fures, moriendo illam deseres, etiam si te illa viventem non deserat: quid inde facturum es? Esurit frater tuus, in necessitate positus est: fortassis suspenditur, a creditore angustatur; non habet ipse, habes tu: frater tuus est, simul empti estis, unum est pretium vestrum, ambo sanguine Christi redempti estis: vide si misereris, si habes facultates mundi”. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 12: PL 35, 2018.

34 “Ergo hic incipit ista caritas, fratres, ut de suis superfluis tribuat egenti, in angustiis aliquibus constituto; ex eo quod sibi abundat secundum tempus, a tribulatione temporali liberet fratrem. Hinc exordium est caritatis. Hanc ita coeptam, si verbo Dei et spe futurae vitae nutrieris, pervenies ad illam perfectionem, ut paratus sis animam tuam ponere pro fratribus tuis”. Agustín, *In Io. ep.*, 6, 1: PL 35, 2019.

## 2.1....si nacen de la caridad.

Una vez asentado el principio temporal de la caridad en la concreción de las obras de misericordia, permanece la preocupación por acrecentar la caridad que se derrama como un don. En este sentido, aún podemos preguntarnos: las obras exteriores en beneficio del prójimo, ¿son prueba suficiente de la caridad interior? Además, ¿son ellas solas y por sí mismas causa del fortalecimiento de la caridad? Para ambas preguntas, la respuesta de Agustín es negativa y, basándose en los escritos paulinos, sostiene que las obras en beneficio del prójimo pueden “parecer” obras de caridad, pero proceder realmente del error, del engaño o de un orgullo ávido de la propia gloria.

“Ved también cuántas obras lleva a cabo el orgullo; considerad en vuestro interior cuán semejantes son las obras que él hace y las que hace la caridad; son casi iguales. Da de comer al hambriento la caridad, también le da el orgullo; la caridad para alabanza de Dios, el orgullo para alabanza propia. Viste la caridad al desnudo, también le viste el orgullo; ayuna la caridad, ayuna también el orgullo; da sepultura a los muertos la caridad, también se la da el orgullo. Todas las obras buenas que quiere ejecutar y ejecuta la caridad, las dirige contra ella el orgullo y las conduce como si fueran sus corceles. Pero la caridad es interior; desplaza al orgullo mal conducido; no digo que conduzca mal, sino que él mismo está mal conducido. (...) ¿Qué decir a esto? *Las obras no son criterio de discernimiento*”.<sup>35</sup>

35 “Et videte quanta opera faciat superbia; ponite in corde quam similia facit, et quasi paria caritati. Pascit esurientem caritas, pascit et superbia – caritas, ut Deus laudetur; superbia, ut ipsa laudetur. Vestit nudum caritas, vestit et superbia; ieiunat caritas, ieiunat et superbia; sepelit mortuos caritas, sepelit et superbia. Omnia opera bona quae vult facere caritas et facit, agit contra superbia, et quasi ducit equos suos. Sed interior est caritas: tollit locum male agitatae superbiae; non male agitanti, sed male agitatae. (...) Quid est hoc? In operibus non discernimus”. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 9: PL 35, 2040–2041.

“¿Cuántos entre los herejes y cismáticos no se llaman mártires! Les parece que entregan su vida por sus hermanos. Si entregaran su vida por los hermanos, no se separarían del conjunto de los hermanos. Asimismo, ¿cuán numerosos son los que distribuyen y reparten muchos bienes por ostentación! Con su acción no buscan más que la alabanza humana y la popularidad vana y sin estabilidad ni solidez alguna. Como los tales existen, ¿cuál es la prueba que garantiza que existe la caridad fraterna? El apóstol [Juan], en efecto, quiso que se la sometiese a prueba y de ahí nace su amonestación: *Hijos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino de obra y en verdad*. La pregunta es: ¿con qué obra y en qué verdad? ¿Puede haber obra más diáfana que dar bienes a los pobres? Muchos hacen eso mismo por ostentación, no por amor. ¿Puede haber obra más heroica que morir por los hermanos? También hay muchos que, movidos por el deseo orgulloso de celebridad, no por entrañas de amor, quieren que se piense que hacen eso mismo. (...) (Pablo) mismo en cierto pasaje mostró que ese tipo de obras suelen hacerse por vana ostentación, sin el fundamento de la caridad. Encareciendo la misma caridad, dice: *Aunque distribuya todos mis bienes a los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, de nada me sirve*. ¿Puede alguien hacer esas cosas sin la caridad? Sí, pues quienes no tienen caridad

Ciertamente la caridad es invisible y habita en el corazón y para el modo humano de conocer las cosas, su manifestación más convincente se realiza a través de las obras de misericordia. Sin embargo, el amor que Agustín busca es el puro amor de donación, entendido como una “benevolencia, en virtud de la cual, a veces, damos algo a los que amamos. ¿Qué pasa si no se tiene nada que dar? Al que ama le basta con la sola benevolencia”.<sup>36</sup>

De manera que no se trata de ocultar la caridad y reducirla a la inactividad con el pretexto de no “aparecer” ante los hombres, sino de asegurar que arda en el interior. Esto se produce cuando el ejercicio de las obras de misericordia no se reduce a una mera práctica sino que va acompañada de una genuina compasión que busca restablecer al otro, sacarle de su miseria.

De todo lo expuesto hasta ahora podemos sacar las siguientes conclusiones: primero, que se puede deducir que no hay caridad en el corazón de quien actúa contra ésta misma, hiriendo con sus acciones la unidad de los hermanos; segundo, que no se puede conocer con certeza que hay verdadera caridad en el corazón de quien realiza obras de servicio al prójimo, pues el motivo interior de tales obras no está a nuestro alcance; tercero, que no obstante la incerteza de la autenticidad de la caridad, es necesario asegurarla en el interior, en la medida de nuestras posibilidades.

Consecuentemente, ¿qué señal totalmente segura tenemos para discernir la verdadera caridad en el corazón de una persona? Señal absolutamente *cierta* y segura no tenemos ninguna, pues todas las acciones exteriores que pueden nacer de la caridad, pueden nacer también del amor propio. De ahí que, dentro de la limitación humana, solo queda el testimonio que da la propia conciencia acerca de los móviles de nuestras acciones, ya que cada uno tiene presente el fin que le ha movido y Dios, que escruta los corazones, será el juez definitivo.

“Volvámonos a la conciencia de la que dice el Apóstol: Pues nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia. Volvámonos a la conciencia, refiriéndose a la cual dice él mismo: Que cada cual examine su obra y entonces tendrá gloria en sí mismo y no en otro. Por tanto, cada uno de nosotros ha de examinar su propia obra y ver si mana del venero de la caridad, si los ramos de las buenas obras brotan de la raíz del amor. Que cada cual –dice– examine su

dividieron la unidad. Buscad entre ellos y veréis que muchos reparten abundancia de bienes a los pobres; veréis a otros dispuestos a aceptar la muerte hasta tal punto que, a falta de perseguidores, se precipitan ellos mismos. No hay duda alguna de que hacen todo eso sin caridad”. Agustín, *In Io. ep.*, 6, 2: PL 35, 2020.

<sup>36</sup> “Benevolentiae est, ut aliquando praestemus eis quos amamus. Quid, si non sit quod praestemus? Sola benevolentia sufficit amanti”. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 5: PL 35, 2038.



obra y entonces tendrá gloria en sí mismo y no en otro: no cuando testimonie en su favor una lengua ajena, sino cuando lo haga la propia conciencia”.<sup>37</sup>

Gracias al interrogatorio de la conciencia, puede uno mismo descubrir el móvil de sus acciones y velar por permanecer en el amor, pues es saludable atemorizarse ante la sentencia paulina que condena la inutilidad de las acciones buenas e incluso heroicas si falta la caridad. Los juicios divinos no son como los humanos, que se detienen en la superficie. Para Dios lo que cuenta es el interior, la raíz de la cual brota la acción. Si cuidamos la buena raíz, el fruto no podrá ser malo.<sup>38</sup>

De lo expuesto se sigue otra conclusión: hay obras con apariencia de obras de amor fraterno, pero que no lo son realmente, porque las mueven fines más bajos; y, por el contrario, pueden darse obras aparentemente duras o inmisericordes que, sin embargo, nacen de verdadera caridad pues la intención que las motiva es el bien del prójimo.

A partir de estos razonamientos Agustín enuncia su célebre frase: “Ama y haz lo que quieras”, pues el amor puede llevarte a callar o a gritar, a corregir o a consolar, a destruir o a perdonar, mientras exista en ti el amor puedes hacer lo que él te inspire, incluso cuando parezca que te ensañas contra el error de tu prójimo, pues el amor te lleva a acoger a esa persona y a destruir su error.<sup>39</sup>

En definitiva, es preciso tener caridad para realizar obras de verdadera misericordia y, a través de su ejercicio acrecentar la caridad; por el contrario, ésta no podrá desarrollarse con la práctica de una misericordia solo aparente. Las obras de falsa caridad proceden de un corazón orgulloso y avaro, que no se identifica con el prójimo, sino que se siente superior; se trata de una persona que no se compadece del desvalido, sino que lo desprecia por su deficiencia o limitación; tampoco desea que la miseria del sufriente se acabe, pues ella le posibilita ejercer obras por las cuales puede sentirse superior y afianzarse en la

37 “Revochemur ad conscientiam, de qua idem dicit: Opus autem suum probet unusquisque, et tunc in semetipso gloriam habebit, et non in altero. Opus ergo suum probet unusquisque nostrum, utrum de vena caritatis emanet, utrum de radice dilectionis rami bonorum operum pullulent. Opus autem suum probet unusquisque, ait, et tunc in semetipso gloriam habebit, et non in altero: non quando illi perhibet testimonium lingua aliena, sed quando perhibet conscientia propria”. Agustín, *In Io. ep.*, 6, 2: PL 35, 2020.

Sin embargo, ni siquiera nuestra conciencia es suficiente para darnos una prueba *totalmente segura*, pues con frecuencia nos engañamos respecto de nuestras intenciones últimas. En definitiva, solo Dios conoce con certeza el amor profundo que mueve nuestras obras y, por consiguiente, solo Dios puede dar un testimonio totalmente cierto, seguro y manifiesto de la caridad de nuestro corazón.

38 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 9: PL 35, 2040–2041.

39 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 7, 8: PL 35, 2033; 7, 11: PL 35, 2034–2035; 8, 9: PL 35, 2040–2041.

elevada opinión que tiene de sí mismo con el tributo de las alabanzas y agradecimientos de los demás.<sup>40</sup> Al respecto, aconseja Agustín:

“En efecto, si llegas a otorgar algo a una persona mísera, quizá te viene el deseo de endiosarte frente a ella, y deseas que se te someta, ella que está en el origen de tu buena obra. Ella se halló en necesidad, tú le diste. Por el hecho de haberle dado, te crees como superior a la persona a quien diste. Desea que sea igual a ti, para que uno y otro estéis bajo aquel a quien nada se le puede dar”.<sup>41</sup>

Ante dos acciones iguales, según se aprecia desde el exterior, cabe preguntar al interior sobre su motivación. Si el orgullo motiva la obra de misericordia se destruye su mismo objetivo que era acoger la miseria del otro como propia para hacerla desaparecer. El orgulloso no pretende sacar al prójimo de la miseria, sino que lo busca como pretexto para tener “algo que hacer” por él, no desea la destrucción de la miseria ni se muestra inconforme con el mal, puesto que necesita al otro para brillar a costa suya.

En cambio, quien obra la misericordia movido por la caridad, busca al otro por sí mismo desde el momento en que lo ama por amor de Dios. Se sabe superior al prójimo respecto de aquel bien que le procura porque el otro carece de él, pero no desea que esa superioridad se perpetúe o, peor aún, se acreciente. No busca una superioridad basada en dones que posee sino que su auténtica manera de ser superior es deseando con benevolencia que el otro sea igual a él, para que no haya más deuda entre ellos que la de la caridad que se da sin mengua.<sup>42</sup>

Recapitulando: la fe verdadera es la que obra por la caridad, pero la caridad llega a nosotros a modo de semilla, que debe ser cultivada hasta llegar a su perfección. La caridad incipiente se manifiesta en las obras de misericordia y se robustece con el ejercicio de estas mismas. Sin embargo, no toda obra de beneficencia es obra nacida de la caridad ni merece el nombre de “obra de misericordia” sino aquella que está motivada por esa misma caridad: las verdaderas obras de misericordia son las engendradas por el amor al hermano. Efectivamente, no toda obra con apariencia de bondad da fruto en la presencia del

40 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 5: PL 35, 2038–2039.

41 “Nam si praestiteris misero, fortassis extollere te cupis adversus eum, et eum tibi vis esse subiectum, qui auctor est tui beneficii. Ille indignus, tu impertitus es; quasi maior videris quia tu praestitisti, quam ille cui praestitum est. Opta aequalem, ut ambo sub uno sitis cui nihil praestari potest”. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 5: PL 35, 2038–2039. Cf. 8, 8: PL 35, 2040.

42 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 8: PL 35, 2040.

Señor –y por consiguiente, en el corazón del hombre–, sino solo la obra rectamente orientada a Dios y por Dios.

*“No porque busque la dádiva, sino porque deseo el fruto. He aprendido de ti, Dios mío, a distinguir entre el don y el fruto. Don es la cosa que da quien socorre tales necesidades, como, por ejemplo, el dinero, la comida, la bebida, el vestido, el hospedaje, la ayuda. Mas el fruto es la buena y recta voluntad del dador”*<sup>43</sup>.

Para asegurar la buena voluntad del dador es preciso aprender a rectificar la intención y dejar que el amor conmueva nuestras entrañas,<sup>44</sup> de modo que nos identifiquemos con el mísero y lo miremos con humildad, apreciándolo como un semejante en naturaleza y en dignidad. Entonces, experimentaremos la miseria del otro como miseria nuestra y querremos para el hermano lo mismo que para nosotros: la vida eterna. Las obras nacidas de un corazón conmovido por la caridad, fecundado por el Espíritu Santo, serán “santas”, serán “hijas de Dios”, y podrán liberar de sus pecados a ese mismo corazón.

He aquí, precisamente, el reconocimiento primero que es necesario hacer: yo soy el primer mísero y Dios se ha compadecido de mí. Para manifestarle mi agradecimiento la acción más coherente es derramar esta misericordia en el hermano que también sufre<sup>45</sup>. Y hacerlo de todo corazón.

43 “Didici a te, Deus meus, inter datum et fructum discernere. Datum est res ipsa, quam dat, qui impertitur haec necessaria, veluti est nummus, cibus, potus, vestimentum, tectum, adiutorium. Fructus autem bona et recta voluntas datoris est”. Agustín de Hipona, *Las Confesiones*, traducción de Ángel Custodio Vega, (Madrid: BAC, 1974), 13, 26, 41: PL 32, 863.

44 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 12: PL 35, 2018–2019.

45 Somos miserables por el pecado y necesitamos ejercer la misericordia para poder alcanzarla de Dios. Así lo aconseja vivamente Agustín en el sermón 259: “Si preguntas por tus méritos, presta atención a tus pecados. Escucha la sentencia proferida por Dios contra el hombre trasgresor: Eres tierra, y a la tierra volverás. Al precepto le había precedido la amenaza: El día que lo toquéis moriréis. Si vas tras el mérito de los pecados, ¿qué te sale al encuentro sino el castigo? Olvida, pues, tus méritos, no sea que estremezcan tu corazón. O, mejor, no los olvides, no sea que por soberbia rechaces la misericordia. Nos confiamos a Dios, hermanos, mediante las obras de misericordia. Confesad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Confiesa que Dios es misericordioso y que quiere perdonar los pecados a quienes los confiesan. Mas ofrécele un sacrificio. Compadécete, ¡oh hombre!, del hombre, y Dios se compadecerá de ti. Tú y el otro sois dos hombres, es decir, dos miserables. Dios, en cambio, no es miserable, pero sí misericordioso. Si un miserable no tiene compasión de otro miserable, ¿cómo va a suplicar misericordia de quien nunca será miserable? Atended a lo que voy a decir, hermanos. Si alguien se muestra cruel con un naufrago, por ejemplo, su crueldad le durará hasta que él se encuentre en la misma situación. Si también él lo ha experimentado en sí mismo, cuando le acontezca ver a un naufrago, se acordará de su historia pasada y tal desgracia, semejante a la suya, le conmoverá. Si el participar de la misma condición humana no le había podido doblegar a practicar la misericordia, le doblega la participación en la misma desgracia. Quien alguna vez fue esclavo, ¡qué pronto se compadece de otro esclavo! El que fue jornalero, ¡cuán pronto se asocia al dolor del jornalero defraudado en su

“Ofrécele tu misericordia de corazón, no con desprecio; no consideres a un hombre semejante a ti como a un perro. Así, pues, cuando haces una obra de misericordia, si das pan, compadécete de quien está hambriento; si le das de beber, compadécete de quien está sediento; si das un vestido, compadécete del desnudo; si ofreces hospitalidad, compadécete del peregrino; si visitas a un enfermo, compadécete de él; si das sepultura a un difunto, lamenta que haya muerto; si pacificas a un contencioso, lamenta su afán de litigar. Si amamos a Dios y al prójimo, no hacemos nada de esto sin dolor del corazón. Estas son las buenas obras que confirman nuestro ser cristiano, pues dice el santo Apóstol: *Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos*”.<sup>46</sup>

Solo hay obras de misericordia –capaces de acrecentar la caridad y dar frutos de vida eterna– en quien ya tiene en su corazón la misericordia y la caridad; pero si dichas obras son las que las ejercitan y acrecientan ¿de qué manera llegan a nosotros antes de toda obra de misericordia? Pablo da la respuesta: *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*.<sup>47</sup>

En su comentario al evangelio de Juan, Agustín explica el origen de nuestro amor y de que ese amor pueda llegar a ser agradable a Dios:

“Don es enteramente de Dios el amarle. El, que amó sin haber sido amado, lo concedió para ser amado. Hemos sido amados sin tener méritos para que en nosotros hubiera algo que le agradase (...), difundiendo la caridad en nuestros

salario! Quien en alguna ocasión lloró por lo mismo, se compadece del hombre que llora amargamente a su hijo. Así, pues, cualquiera que sea la dureza del corazón humano, la ablanda el compartir un dolor semejante. Si, pues, tú, que o bien fuiste miserable o bien temes serlo –mientras vives aquí no sólo debes temer ser lo que no fuiste, sino también acordarte de lo que fuiste y pensar en lo que eres–; si, pues –repito–, tú que te encuentras entre las miserias pasadas y el temor al futuro y el dolor presente, no te compadeces de un hombre desdichado que necesita tu ayuda, ¿esperas que se compadezca de ti aquel a quien nunca alcanza la miseria? No das tú de lo que recibiste de Dios, ¿y quieres que te dé Dios de lo que no recibió de ti?”. Agustín de Hipona, *Sermón 259*, traducción de Pío de Luis Vizcaíno, (Madrid: BAC, 1984), 3, PL 38, 1198–1199.

46 “Ex corde porrige misericordiam, noli ex contemptu; ne veluti canem habeas tibi similem hominem. Cum ergo facis misericordiam, sive panem porrigas, dole esurientem: si potum dederis, dole sitientem: si vestem porrexeris, dole nudum: si hospitio receperis, dole peregrinum: si visitas languidum, dole aegrotum: si sepelis defunctum, dole mortuum: si concordas contentiosum, dole litigantem. Haec omnia, si Deum et proximum diligimus, sine dolore cordis non facimus. Haec sunt opera bona, quae nos christianos esse confirmant. Nam sanctus Apostolus dicit: *Dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes*”. Agustín, *Sermo 358 A*, 1: PLS 2, 671–672.

47 Rm 5, 5.

corazones el Espíritu de ambos, por el cual amamos al Padre y al Hijo, amando también a ese Espíritu con el Padre y el Hijo.”<sup>48</sup>

### III. EL TIEMPO DE LA MISERICORDIA

En la homilía tercera sobre la epístola joánica, el predicador de Hipona, advierte a sus oyentes la imperiosa urgencia de estar preparados para el juicio:

“Pero a fin de que nadie sea perezoso para ir a más escuche: *Niños, es la última hora*. Id a más, corred, creced: *es la última hora*. Esta última hora es de larga duración, pero es la última. Hora significa aquí los últimos tiempos, pues en ellos vendrá nuestro Señor Jesucristo”.<sup>49</sup>

Esta amonestación sobre la última hora apunta a despertar la somnolencia de los fieles e impulsarlos a trabajar para crecer en la caridad. Alguno podría dudar sobre la inminencia del fin porque aguarda primero la llegada del anticristo, pero Agustín señala que ya el mismo apóstol Juan despejó esa duda al señalar que han aparecido muchos anticristos, que salieron de la misma comunidad pero manifestaron con su conducta no pertenecer a ella.

Ante la perspectiva de la llegada próxima del día del juicio, en el que se espera la respuesta de la justicia divina al curso humano de la historia, el cristiano aguarda también el fin de la miseria mundana. Y para que su esperanza no sea pasiva, recuerda que el tiempo presente es tiempo de misericordia, tiempo de perdón y de paciencia, en el que Dios está esperando que la caridad que infundió en nosotros llegue a su plenitud en Cristo. Espera que crezca hasta la medida asignada a cada uno desde la eternidad.

Agustín explica el crecimiento con estas palabras:

“¿En qué consiste el crecer? En ir a más. ¿Y el decrecer? En ir a menos. Quien es consciente de haber nacido, escuche que es un niño y un niño que aún no

48 “Prorsus donum Dei est diligere Deum. Ipse ut diligeretur dedit, qui non dilectus dilexit. Displicentes amati sumus, ut esset in nobis unde placeremus. (...) diffundit enim caritatem in cordibus nostris amorum Spiritus, per quem Spiritum et Patrem amamus et Filium, et quem Spiritum cum Patre amamus et Filio”. Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan (36-124)*, editado por Vicente Rabanal, (Madrid: BAC, 1965), 102, 5: PL 35, 1898.

49 “Sed ne quis piger sit ad proficiendum, audiat: *Pueri, novissima hora est*. Proficite, currite, crescite, novissima hora est. Ipsa novissima hora diuturna est; tamen novissima est. Horam enim pro tempore posuit novissimo; quia in novissimis temporibus veniet Dominus noster Iesus Christus”. Agustín, *In Io. ep.*, 3, 3: PL 35, 1998.

habla; ansí con avidez los pechos de la madre y crecerá al instante. Madre que es la Iglesia, cuyos dos pechos son los dos testamentos de las Escrituras divinas”.<sup>50</sup>

Las Escrituras y los sacramentos son los alimentos que nutren al creyente. Al principio es solo un lactante, y su leche es Cristo humilde, la Palabra encarnada. Cuando se robustezca podrá tomar el alimento sólido que es la Palabra que existía en el principio.<sup>51</sup> Pero este alimento no puede gustarse sin haber alcanzado la caridad y quien no la posea puede deseársela puesto que el deseo es el ejercicio que ensancha el corazón, haciéndolo capaz de recibir el don de Dios y de abrirlo a los demás.<sup>52</sup>

“Ésta es nuestra vida: ejercitarnos mediante el deseo. Pero el deseo santo nos ejercita en la medida en que apartemos nuestros deseos del amor mundano. Ya he dicho con anterioridad: vacía el recipiente que has de llenar con otra cosa. Tienes que llenarte del bien, derrama el mal. Imagínate que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde depositas la miel? Hay que derramar el contenido del vaso; hay que limpiar el vaso mismo; hay que limpiarlo, aunque sea con fatiga, a fuerza de frotar, para hacerlo apto para determinada realidad. Designémosla con un nombre erróneo; llamémosla oro, llamémosla vino; cualquier nombre que asignemos a lo que no puede ser nombrado, cualquier nombre que sea el que queramos darle, se llama Dios. Y, al decir Dios, ¿qué hemos dicho? ¿Todo lo que esperamos se reduce a esta única sílaba? Todo lo que fuimos capaces de decir, pues, se queda por debajo de esa realidad; extendámonos hacia él, para que cuando venga nos llene. *Seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es*”.<sup>53</sup>

Mediante el deseo el corazón se extiende hacia Dios, busca ser colmado por Él, pero antes se encuentra con los hermanos y comprende que es por ellos por

50 “Quid est crescere? Proficere. Quid est decrescere? Deficere. Quisquis novit natum se esse, audiat quia puer est et infans; avide inhiet uberibus matris, et cito crescit. Est autem mater Ecclesia; et ubera eius duo Testamenta Scripturarum divinarum”. Agustín, *In Io. ep.*, 3, 1: PL 35, 1998.

51 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 3, 1: PL 35, 1997–1998.

52 Cf. Benedicto XVI, “Spe salvi”, *Acta Apostolicae Sedis* 99 (2007): n. 33, pags. 1011-1012.

53 “Haec est vita nostra, ut desiderando exerceamur. Tantum autem nos exercet sanctum desiderium, quantum desideria nostra amputaverimus ab amore saeculi. Iam diximus aliquando: Exinani quod implendum est. Bono implendus es, funde malum. Puta quia melle te vult implere Deus: si aceto plenus es, ubi mel pones? Fundendum est quod portabat vas: mundandum est ipsum vas; mundandum est, etsi cum labore, cum tritura, ut fiat aptum cuidam rei. Maledicamus, aurum dicamus, vinum dicamus; quidquid dicimus quod dici non potest, quidquid volumus dicere, Deus vocatur. Et quod dicimus Deus, quid diximus? Duae istae syllabae sunt totum quod exspectamus? Quidquid ergo dicere valuimus, infra est: extendamus nos in eum, ut cum venerit, impleat. *Similes enim ei erimus; quoniam videbimus eum sicuti est*”. Agustín, *In Io. ep.*, 4, 6: PL 35, 2009.

donde puede empezar a llenarse de caridad si practica la misericordia.<sup>54</sup> Ahora es el tiempo, ahora es la última hora, momento propicio para recibir misericordia... y para practicarla. De hecho, solo mientras dure este mundo podremos ejercer la misericordia.

Efectivamente, el mundo creado de la nada y los siglos que con él empezaron a correr son el escenario para la misericordia. Puesto que la misericordia implica, como es lógico suponer, la miseria. Y dicha miseria está presente en el hombre caído que ha perturbado su relación armónica con el entorno en el que habita.

El obispo de Hipona, al hacer énfasis sobre este carácter temporal de la misericordia, no deja por eso de invitar a sus oyentes a practicarla, puesto que es el signo de la caridad que habita dentro del corazón. Si la misericordia está llamada a desaparecer en el cielo nuevo y la tierra nueva, la caridad ni tiene comienzo ni cesará jamás porque es eterna<sup>55</sup>.

“¿Quién gime allí, ¿quién solloza, quién trabaja, quién siente necesidad, quién muere, quién se apiada, quién parte el pan con el hambriento allí en donde todos se sacian con el pan de justicia? Allí nadie te dirá: "Recibe al peregrino", pues no habrá ninguno, ya que todos viven en su patria; nadie te dirá: "Reconcilia ¡i tus amigos que litigan", pues todos gozarán en paz eterna del rostro de Dios. Nadie te dirá: "Visita al enfermo", porque la inmortalidad es la salud permanente. Nadie te dirá: "Entierra a los muertos", pues todos gozarán de vida sempiterna. Desaparecerán las obras de misericordia, porque allí no habrá miseria. ¿Qué haremos allí? ¿Tal vez dormiremos? En donde no hay miseria ni necesidad, no habrá obras de necesidad y de misericordia. ¿Qué habrá allí? ¿Qué ocupación será la nuestra? ¿Qué actividad ejerceremos? Nos lo diga el salmo: Bienaventurados los que habitan en tu casa. ¿Por qué? Porque te alabarán –por los siglos de los siglos. Esta será nuestra actividad: la alabanza de Dios. Amas y alabas. Dejarás de alabar si dejas de amar. Pero no cesarás de amar, porque es tal Aquel a quien has de ver, que no te causará ningún cansancio.”<sup>56</sup>

54 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 5, 12: PL 35, 2018–2019.

55 Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 3: PL 35, 2037.

56 “Quis ibi gemit? quis ibi suspirat? quis ibi laborat? quis ibi eget? quis ibi moritur? quis ibi misericordiam praebet? quis frangit panem esurienti, ubi omnes pane iustitiae saginantur? Nemo tibi dicit: Hospitem suscipe: peregrinus ibi nemo erit; omnes in patria sua vivunt. Nemo tibi dicit: Concorda amicos tuos litigantes: in pace sempiterna Dei vultu perfruuntur. Nemo tibi dicit: Visita aegrum: sanitas immortalitasque permanet. Nemo tibi dicit, sepeli mortuum: omnes in vita aeterna erunt. Cessant opera misericordiae, quia miseria non invenitur. Et quid ibi faciemus? Dormiemus fortasse? (...) ubi necessitas

Allí, en la vida sin fin, tampoco nuestro amor tendrá ocaso, contrariamente a lo que ocurre según la condición mortal, en la que nos resulta imposible permanecer obrando la misericordia permanentemente. Cambiamos de actividad, y aunque ésta sea un suceder constante de obras de misericordia, éstas terminan pronto, en cuanto se socorre la necesidad del hermano. Según la sucesión de los días y horas, nuestra actividad misericordiosa varía, pero la caridad arde siempre. En palabras de Agustín: “No se apague nunca en el interior la caridad; ejérzense en su momento los oficios de la caridad”<sup>57</sup>.

El hecho de que la misericordia tenga un final no significa que sea despreciable o que sea la dimensión inferior de la caridad porque –como venimos diciendo– con las obras de misericordia (de verdadera misericordia) crece la caridad hasta la medida de Cristo, para hacernos capaces de habitar en el Cielo

Mientras exista la miseria y la necesidad entre los hermanos, hay que acudir a socorrerlos, pero con la mirada fija en la patria que nos aguarda, en la que miseria y necesidad no nos atormentarán más. El cristiano sabe que su ayuda es pequeña pero no menos importante para construir un mundo más humano; él aporta su granito de arena y será Dios quien re– Cree definitivamente el cosmos. Entonces, su anhelo de justicia y paz se verá saciado.

“En efecto, no debemos desear que haya miserables para poder ejercitar las obras de misericordia. Das pan al hambriento, pero sería mejor que nadie sintiese hambre y no tuvieses a nadie a quien dar. Vistes al desnudo, pero ¡ojalá todos estuviesen vestidos y no hubiese necesidad de vestir a nadie! Das sepultura al muerto, pero ¡ojalá llegue de una vez aquella vida en que nadie muere! Pones de acuerdo a quienes litigan, pero ¡ojalá exista alguna vez aquella paz eterna de Jerusalén en que nadie origine discordia! Todos estos deberes son fruto de que otros sufren esas necesidades. Suprime a los miserables; cesarán las obras de misericordia. Cesarán, sí, las obras de misericordia, pero ¿acaso se apagará el ardor de la caridad? Más genuino es el amor que sientes por un

non erit nec miseria, opera necessitatis et misericordiae non erunt. Quid ibi erit? quod negotium nostrum? quae actio nostra? (...) Psalmus nobis dicat: *Beati qui habitant in domo tua*. Unde? *In saecula saeculorum laudabunt te*. Haec erit actio nostra, laus Dei. Amas, et laudas. Desines laudare, si desines amare. Non autem desines amare, quia talis est quem vides, qui nullo te offendat fastidio”. Agustín, *En. in ps.* 85, 24: PL 37, 1099–1100.

<sup>57</sup> “Caritas intus non intermittatur: officia caritatis pro tempore exhibeantur”. Agustín, *In Io. Ep.*, 8, 3: PL 35, 2037.



hombre afortunado que no necesita que le des nada; dicho amor será más puro y mucho más sincero”.<sup>58</sup>

Pero su motivo de esperanza no estriba únicamente en la re-creación del cosmos. La perspectiva escatológica se presagia favorable gracias a la misericordia. En efecto, aunque pudiera surgir cierto temor ante el encuentro con la Justicia divina que retribuirá todas las obras temporales, el corazón misericordioso experimenta tranquilidad ante el juicio. Al respecto comenta el gran teólogo Hans Urs von Balthasar:

“El punto culminante de la parábola del juicio en Mt 25 no radica en la separación entre oveja y cabritos, ni en la asignación definitiva de unas al cielo y de otros al infierno. Por el contrario, el momento culminante es aquel en que tanto los buenos como los malos preguntan: “Señor, ¿cuándo te vimos...?”, para dar paso a la respuesta: cuando hicisteis esto con uno de estos hermanos más pequeños que estaba hambriento o desnudo o en la cárcel. Esto quiere decir que el Juez remite a aquellos que son juzgados a una situación y un criterio que ellos mismos pudieran y debieran haber conocido y que, aunque de forma implícita, han conocido realmente. De lo contrario, no se verían afectados, ni podrían ser juzgados positiva ni negativamente. Se les remite a sí mismos, a su conciencia tanto de hombres como de concedores del mandamiento cristiano del amor. Ambos aspectos están aquí inseparablemente unidos”.<sup>59</sup>

La pregunta que define el destino eterno del hombre ya ha sido revelada y, curiosamente, no se pregunta por su fidelidad, por su perfección en el obrar, por su impecabilidad. Se le pregunta tan solo si vio a Cristo en el otro. La pregunta definitiva apunta a la caridad y a la misericordia: es todo el tema del juicio.

De este modo, la caridad se convierte también en aquel traje de fiesta indispensable para acceder al Banquete eterno del Esposo. Aquel que no lo lleve desentona en el ambiente festivo y será interrogado por el Esposo, para ser

58 “Non enim optare debemus esse miseros, ut possimus exercere opera misericordiae. Das panem esurienti: sed melius nemo esuriret, et nulli dares. Vestis nudum: utinam omnes vestiti essent, et non esset ista necessitas! Sepelis mortuum: utinam veniat aliquando illa vita ubi nemo moriatur! Concordas litigantes: utinam aliquando sit pax illa aeterna Ierusalem, ubi nemo discordet! Haec enim omnia officia necessitatum sunt. Tolle miseros; cessabunt opera misericordiae. Opera misericordiae cessabunt; numquid ardor caritatis extinguetur? Germanius amas felicem hominem, cui non habes quod praestes; purior ille amor erit, multoque sincerior”. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 5: PL 35, 2038.

59 Hans Urs von Balthasar, *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?*, (Barcelona: Herder, 1986), 30.

arrojado finalmente a las tinieblas. Agustín, discurrendo acerca de este traje, pregunta al Apóstol Pablo:

“¿Qué haré? He sacado todo y aún no he llegado al traje de boda. He abierto mi fardo, he revisado todo o casi todo y aún no he llegado al traje. En cierto lugar el apóstol Pablo me presentó un gran fardo repleto de cosas extraordinarias; las expuso ante mí y yo le dije: ‘Muéstramelo si, por casualidad, has hallado en él el traje de boda’. Comenzó a sacar las cosas una a una y a decir: *Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles; aunque tuviera toda la ciencia y la profecía y toda la fe hasta trasladar los montes; aunque distribuyera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas.* Magníficos vestidos; sin embargo, aún no ha aparecido el traje de boda. Preséntanoslo ya de una vez. ¿Por qué nos tienes en vilo, oh Apóstol? Quizá es la profecía el don de Dios que no tienen en común los buenos y los malos. *Si no tengo caridad* —dijo— *de nada me sirve.* He aquí el traje de boda; ponéoslo, ¡oh comensales!, para estar a la mesa con tranquilidad. No digáis: ‘Somos pobres para poder tener ese traje’. Vestid y seréis vestidos. Es invierno, vestid a los desnudos; Cristo está desnudo y a quienes no tenéis el traje de boda, él os lo dará. Corred a él, pedídselo. Sabe santificar a sus fieles, sabe vestir a los suyos que se hallan desnudos. Para que, teniendo el traje de boda, podáis no temer ser arrojados a las tinieblas exteriores, ser atado de miembros, manos y pies, nunca os falten las obras. Si os faltan, ¿qué va a hacer, si tiene las manos atadas? ¿Adónde va a huir, si tiene los pies atados? Poseed ese traje de boda, ponéoslo y estad tranquilos recostados a la mesa, cuando él venga a inspeccionar. Llegará el día del juicio. Se concede ahora un largo plazo; quien se hallaba desnudo vístase de una vez.<sup>60</sup>

60 “Quid facio? Excussi omnia, et ad vestem illam nondum perveni. Involucrum meum explicavi, omnia vel pene omnia consideravi, ad vestem illam nondum perveni. Quodam loco Paulus apostolus attulit mihi magnum involucrum magnarum rerum; exposuit ante me, et dixi ei, Ostende mihi si forte hic illam vestem nuptialem reperisti. Coepit excutere singula, et dicere: *Si linguís hominum loquar et Angelorum, si habeam omnem scientiam, et prophetiam, et omnem fidem, ita ut montes transferam; si distribuero omnia mea pauperibus, et tradam corpus meum ut ardeam.* Magnae vestes: nondum tamen est illa nuptialis. Iam profer nobis nuptialem vestem. Quid nos, Apostole, suspendis? Prophetia forte Dei donum est, quod non habent boni et mali. *Si caritatem,* inquit, *non habeam, nihil sum, nihil mihi prodest.* Ecce vestis nuptialis: induite vos, o convivae, ut securi discumbatis. Nolite dicere: Ad istam vestem habendam pauperes sumus. Vestite, et vestimini. Hiems est: vestite nudos: nudus est Christus; et quicumque non habetis vestem nuptialem, dabit illam. Ad illum currite, ipsum rogate: novit sanctificare fideles suos, novit vestire nudos suos. Ut possitis vestem habentes nuptialem non timere tenebras exteriores, vincula membrorum et manuum et pedum; non deficient opera. Si deficient, ligatis manibus quid facturus est? ligatis pedibus quo fugiturus est? Illam teneatis vestem nuptialem, induimini ipsam, et securi discumbite, quando venit inspicere. Dies iudicii aderit: magnum spatium modo largitur,

Tal como exhorta el Hiponense a su comunidad, ahora es el tiempo oportuno para adquirir el traje de boda. Con naturalidad exclama: “es invierno, vestid a los desnudos”, como queriendo disipar el impedimento del egoísta: “no sé qué hacer, no se me ocurre cómo conseguirlo, no lo tengo a la vista, no me resulta fácil”. Se trata solamente de abrir los ojos, siempre habrá alguien a quien podamos socorrer en su cuerpo o en su espíritu. El secreto estriba en la caridad que arde en el interior y en el deseo sincero de acrecentarla.

#### IV. CANTAR LA MISERICORDIA QUE NOS TRANSFORMA

Apropiándonos esta doctrina para la vivencia personal de la misericordia, resta decir que el hecho de que la misericordia sea, para nosotros, el comienzo de la caridad no se aplica únicamente a nuestra relación con el prójimo, sino que es, ante todo, la manera en la cual el cristiano ha experimentado en su propia vida el amor que Dios le tiene y que el mismo Dios es.

Como comentábamos al término del apartado anterior, no es posible practicar la verdadera misericordia con el semejante si antes la caridad no existe previamente en nuestro corazón. Por eso, ahora nos detendremos en ese origen, en el cual nos encontramos con la gratuidad de Dios que nos ha amado primero, nos ha purificado con su amor misericordioso y nos hace así capaces de obrar con misericordia.

El motivo por el cual Dios quiere hacer esta obra con cada ser humano, aunque esté cargado de miseria moral, es insondable: no hay nada amable en el hombre deforme por el pecado, salvo la imagen de Dios que su autor quiere restablecer. Dios nos ama por su sola bondad. Explica Agustín: “No fuimos nosotros quienes le amamos a Él antes, pues Él nos amó precisamente para que le amemos”.<sup>61</sup> Más arriba había afirmado: “Nos amó cuando éramos inicuos, pero destruyó la iniquidad; nos amó siendo inicuos, pero no nos congregó para obrar la iniquidad; nos amó estando enfermos, pero nos visitó para sanarnos”.<sup>62</sup>

Esta misericordia que transforma debe ser recibida en un corazón humilde, que ha reconocido su miseria y agradece la acción sanadora de Dios. Solo el que

qui nudus erat aliquando vestiatur”. Agustín de Hipona, *Sermo 95*, traducción de Pío de Luis Vizcaíno, (Madrid: BAC, 1983) 7: PL 38, 584.

<sup>61</sup> “Non illum dileximus prius: nam ad hoc nos dilexit, ut diligamus eum”. Agustín, *In Io. ep.*, 7, 9: PL 35, 2033.

<sup>62</sup> “Iniquos amavit, sed iniquitatem solvit: iniquos amavit, sed non ad iniquitatem congregavit. Aegrotos amavit, sed sanandos visitavit”. Agustín, *In Io. ep.*, 7, 7: PL 35, 2032.

se sabe misericordiosamente amado puede amar con misericordia. La biografía de los grandes convertidos nos lo demuestra.

Por ejemplo, en la homilía octava, Agustín describe el caso de Saulo, después de su conversión, Pablo. Y encuentra en su historia un motivo de alabanza a la acción transformadora que la misericordia puede obrar en un hombre. Comenta al respecto:

“A Pablo le agrada que pregonemos sus pecados para que reciba gloria quien le curó de su enfermedad. La mano del médico sajó y curó aquel mal tan grande. La voz que escuchó venida del cielo le derribó como perseguidor y le levantó como predicador; dio muerte a Saúl[o] y vida a Pablo. Saúl, en efecto, era perseguidor de un santo varón. De ahí que el Apóstol tuviese ese mismo nombre cuando perseguía a los cristianos. Luego, Saulo se convirtió en Pablo. ¿Qué significa *Paulus* [Pablo]? Pequeño, poco. Así, pues, cuando era Saúl[o], era orgulloso, engreído; cuando se convirtió en Pablo, era humilde, poca cosa. (...) Escucha cómo se ha hecho ‘poca cosa’: *Pues yo soy el menor de los apóstoles*, dice en un lugar; y en otro: *A mí, el más pequeño de todos los santos*. Entre los apóstoles era como la orla del vestido; pero la Iglesia de los gentiles, cual mujer que sufre flujo de sangre, la tocó y quedó sanada”<sup>63</sup>.

El orgullo de Saulo era su impedimento para encontrarse con Cristo. Pero no fue impedimento para Cristo. Él mismo quiso salir al encuentro del Saulo orgulloso para derribarlo y hacerlo pequeño y así transformarlo en Pablo. Agustín muestra cómo el otrora perseguidor, al ser curado de su soberbia, se convierte en el instrumento perfecto para abatir también la soberbia de los pueblos gentiles, y a pesar de ser la orla del manto del Colegio Apostólico, bastó para comunicar a otros su curación.

Con ocasión del Jubileo de los Sacerdotes, el papa Francisco expresó cómo Dios se sirve del corazón herido por el pecado del hombre para hacerlo receptáculo de su misericordia. Para el caso de Pablo, explicó:

63 “*Amat Paulus dici a nobis peccata sua, ut glorificetur ille qui talem morbum sanavit. Magnitudinem enim vulneris manus medici secuit, et sanavit. Vox illa de coelo prostravit persecutorem, et erexit praedicatorem; occidit Saulum, et vivificavit Paulum. Saul enim persecutor erat sancti viri; inde nomen habebat iste quando persequebatur Christianos: postea de Saulo factus est Paulus. Quid est Paulus? Modicus. Ergo quando Saulus, superbus, elatus: quando Paulus, humilis, modicus. (...) Audi quia modicus factus est: Ego enim sum minimus Apostolorum; et: Mihi minimo omnium sanctorum, dicit alio loco. Sic erat inter Apostolos tamquam fimbria vestimenti: sed tetigit Ecclesia Gentium tamquam fluxum patiens, et sanata est*”. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 2: PL 35, 2037.

“Pablo la recibe [la misericordia] en el receptáculo duro e inflexible de su juicio moldeado por la Ley. Su dureza de juicio lo impulsaba a ser un perseguidor. La misericordia lo transforma de tal manera que, a la vez que se convierte en un buscador de los más alejados, de los de mentalidad pagana, por otro lado es el más comprensivo y misericordioso para con los que eran como él había sido”.<sup>64</sup>

De esta manera, el primer receptáculo de la misericordia divina es nuestra propia miseria y hacia ella se vuelca el amor de Dios que perdona sin cansarse. Pero desea dar más y por ello, recrea el recipiente viejo. Para indicarlo, Francisco acuña una expresión original: “corazón misericordiado”, resultado de la recreación del hombre:

“Utiliza un odre nuevo para el vino nuevo de su misericordia, para que no sea como un remiendo ni un odre viejo. Y ese odre es su misericordia misma: su misericordia en cuanto experimentada en nosotros mismos y en cuanto la ponemos en práctica ayudando a otros. El corazón *misericordiado* no es un corazón emparchado sino un corazón nuevo, re-creado”.<sup>65</sup>

La re-creación del hombre es obra del Sumo Bien que es Dios, su bondad se comunica, se difunde, y aunque no comprendamos del todo por qué nos ha buscado, lo cierto es que, sin necesitarnos, nos buscó y, sin nosotros amarle, Él nos amó primero. Incluso podríamos decir que la misericordia divina es *performativa*, en el sentido de que realiza aquello que se propone: la re-creación del corazón. No termina en el disfrute del amor divino que se derrama en nuestros corazones, sino que los invade para cambiarlos profundamente. Para ilustrarlo, Agustín da el ejemplo del artesano que se entusiasma ante un tronco de roble:

“No es que sus ojos se hayan quedado prendados de lo que es en ese momento, sino que sus ojos de artista han visto ya lo que llegaría a ser. Ama lo que va a sacar de él, no lo que es. Es el modo como Dios nos amó siendo pecadores”.<sup>66</sup>

Los ojos del artista divino aman el barro del que estamos hechos, no porque se deleiten en su miseria, sino porque perciben ya la manera en la que actuará su misericordia para obtener de cada uno un amante de Dios, un hombre pleno,

64 Francisco pp., “El receptáculo de la misericordia es nuestro pecado”, *Síntesis de Boletín*, Oficina de Prensa de la Santa Sede, 2 de junio de 2016, consultado el 21 de junio de 2016. Disponible en: <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2016/06/02/segunda.html>

65 Francisco, “El receptáculo de la misericordia es nuestro pecado”.

66 “In arte vidit quod futurum est, non in amore quod est; et amavit quod inde facturus est, non illud quod est. Sic et nos Deus amavit peccatores”. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 10: PL 35, 2042.

a la medida de Cristo. Y este trabajo del Divino Artífice empieza por embellecer a su amado, desfigurado y destrozado por el pecado:

*“Nosotros amemos, porque Él nos amó antes. (...) Él nos amó antes y nos otorgó amarle a Él. Aún no le amábamos; amándole nos volvemos bellos. (...) Hermanos, nuestra alma, que se ha hecho fea por la maldad, se vuelve bella amando a Dios. ¿Qué clase de amor es ese que devuelve la hermosura al alma? Dios es siempre hermoso, nunca deforme, nunca sujeto a cambio. El que siempre es hermoso nos amó el primero y ¿cómo éramos cuando nos amó, sino feos y deformes? Pero si nos amó no fue para dejarnos en nuestra fealdad, sino para transformarnos y, de deformes, hacernos bellos. ¿Cuándo llegaremos a ser bellos? Amando a quien siempre es bello. La belleza crece en ti en la misma proporción en que crece tu amor, puesto que la caridad misma es la belleza del alma”*.<sup>67</sup>

Lo que en el plano humano se presenta trágico, se vuelve asombroso en el plano divino. En efecto, nada puede esperar un amante deforme de su amada hermosa, más que su desprecio. Pero, aunque la amistad desigual entre ellos pudiera transformarse en amor, la belleza física no se transfiere. En cambio, maravilla la grandeza de la misteriosa elección de amor por la cual Dios, el Esposo, se enamora de la criatura, a quien había hecho hermosa, pero que se hizo fea a sí misma por la concupiscencia, y se dispone a suplir lo que a ella le falta: “Como su esposa era fea, ese esposo se hizo feo para hacerla hermosa. ¿Cómo se hizo feo quien era hermoso?”.<sup>68</sup>

Tomando la condición humana y aceptando la desfiguración del suplicio de la cruz, se hizo feo para hacernos hermosos. Sin embargo, incluso durante sus crueles sufrimientos resplandece la hermosura de su alma y su divinidad,<sup>69</sup> su

67 “Nos diligamus, quia ipse prior nos dilexit. (...) Prior dilexit nos, et donavit nobis ut diligere-mus eum. Nondum diligebamus eum; diligendo pulchri efficitur. Quid facit homo deformis et distorta facie, si amet pulchram? Aut quid facit femina deformis et distorta et nigra, si amet pulchrum? Numquid amando poterit esse pulchra? Numquid et ille amando poterit esse formosus? Amat pulchram; et quando se in speculo videt, erubescit faciem suam levare ad illam formosam suam quam amat. Quid faciet ut pulcher sit? Exspectat ut veniat pulchritudo? Imo exspectando senectus additur, et turpiorem facit. Non est ergo quid agere, non est quomodo illi des consilium (...) Anima vero nostra, fratres mei, foeda est per iniquitatem: amando Deum pulchra efficitur. Qualis amor est qui reddit pulchram amantem? Deus autem semper pulcher est, nunquam deformis, nunquam commutabilis. Amavit nos prior qui semper est pulcher; et quales amavit, nisi foedos et deformes? Non ideo tamen ut foedos dimitteret; sed ut mutaret, et ex deformibus pulchros faceret. Quomodo erimus pulchri? Amando eum qui semper est pulcher. Quantum in te crescit amor, tantum crescit pulchritudo; quia ipsa caritas est animae pulchritudo”. Agustín, *In Io. ep.* 9, 9: PL 35, 2051.

68 “Sponsus ille foedus factus propter sponsam foedam, ut eam faceret pulchram. Unde foedus factus est pulcher?”. Agustín, *Sermo 95*, 4: PL 38, 582.

69 Cf. Agustín, *En. in ps.* 44, 3: PL 36, 495-496.

fidelidad y amor al hombre, su serenidad y paz. Esta hermosura de su amor que entrega la vida, agrada al alma que se enamora de Él y acepta su desposorio. Paulatinamente descubre la generosidad de su entrega y la humillación que aceptó por su amor, encontrando en dicho descubrimiento el principio de su amor.

En consecuencia, Dios misericordioso opera en nosotros la misericordia de dos maneras: es misericordioso con nosotros perdonándonos y cambiándonos por dentro, devolviendo la hermosura perdida por el pecado. Y, además, en la medida en que hemos recibido gratuitamente este don, en un receptáculo que es su misma misericordia, nos otorga también la capacidad de ser agentes de misericordia para con los demás.

Esta experiencia, que Agustín verificó en Pablo, ocurrió también en él mismo. El actual Pontífice declara que él también fue un hombre “misericordiado”:

“Agustín fue sanado en su nostalgia de haber llegado tarde a la cita:... ‘Tarde te amé’, y encontrará esa manera creativa de llenar de amor el tiempo perdido escribiendo sus Confesiones”.<sup>70</sup>

El encuentro de Agustín con la misericordia divina no quedó en la intimidad de su propia experiencia. Sus *Confesiones* son el testimonio público, no solo ante sus contemporáneos, sino también ante las generaciones futuras, de la grandeza del amor de Dios. Manifiestan el doble sentido que el Hiponense da al término *confessio*<sup>71</sup> pues, por una parte, confiesan los pecados de su vida pasada con total sinceridad y, por otra, confiesan la grandeza de Dios que se dignó sacarlo de ese abismo y llevarlo a la luz. Así, la misma confesión de sus miserias se convierte en un canto de alabanza de la misericordia divina.

Después de su conversión, su caridad para con Dios y su misericordia para con el prójimo se manifestaron en múltiples detalles que se pueden apreciar al leer su correspondencia con los herejes, a los que reprendía siempre con entrañas de pastor, su desvelo por socorrer a los pobres narrado por san Posidio<sup>72</sup> y sus continuas exhortaciones a la práctica del mandamiento del amor fraterno que encontramos en sus sermones y, concretamente, en este comentario a la primera epístola de san Juan, donde no cesa de encomiar la caridad.

70 Francisco, “El receptáculo de la misericordia es nuestro pecado”.

71 Cf. Agustín, *En. in ps. 29* (II), 19: PL 36, 225.

72 Cf. Posidio, *Vita Sancti Augustini*, 24: PL 32, 53–54.

Para Agustín, la caridad no es una teoría, sino una fuerza que impulsa a la acción, que saca al hombre de sí y lo acerca al Otro y a los otros. Sin esta difusión de la caridad y de la misericordia que ella inspira, no puede distinguirse al verdadero cristiano del anticristo.

## V. LAS MANOS DEL CORAZÓN: LLEVAR LA MISERICORDIA DE DIOS AL MUNDO

Todavía hoy el amor de Dios se derrama en los corazones de sus fieles como una semilla llamada a crecer y dar fruto abundante. Quien es consciente de esto busca vaciar su recipiente, vaciándose de sí mismo y del vinagre de su egoísmo, para dejarse llenar de la miel del amor divino. Este ejercicio del deseo ensancha el corazón, como se ha dicho, y capacita al cristiano para una misión especial: convertirse él mismo en las manos de Dios, dar a conocer el amor que Él tiene por los hombres, y esto lo consigue practicando la misericordia.

*“Dios es amor. ¿Qué rostro tiene el amor? ¿Qué forma, qué estatura, qué pies, qué manos tiene? Nadie lo puede decir. Y, sin embargo, tiene pies, pues son ellos los que conducen a la Iglesia; tiene manos, pues son ellas las que dan al pobre; tiene ojos, pues con ellos se mira por el necesitado. Dichoso, dice, el que mira por el necesitado y el pobre. Tiene oídos, refiriéndose a los cuales dice el Señor: Quien tenga oídos para oír que oiga. No son miembros diversificados espacialmente; no, el que tiene caridad, lo ve todo y a la vez con la inteligencia. Habita en ella y ella habitará en ti; permanece en ella y ella permanecerá en ti”.*<sup>73</sup>

Ciertamente la obra por sí misma no puede engendrar la caridad, sino el don de Dios, sin embargo la misericordia operante para con el hermano fortalece la caridad que fue depositada en semilla en el corazón del cristiano, la acrecienta, le da vigor, dispone el alma para ser colmada del amor que es Dios.

Las obras de misericordia, efecto de la virtud interior de la misericordia que, a su vez, manifiesta el ardor de la caridad, son fuerzas operativas que están al servicio del que se sirve de nosotros como su instrumento para hacer el bien.

<sup>73</sup> *“Deus Dilectio est. Qualem faciem habet dilectio? qualem formam habet? qualem staturam habet? quales pedes habet? quales manus habet? Nemo potest dicere. Habet tamen pedes; nam ipsi ducunt ad Ecclesiam; habet manus; nam ipsae pauperi porrigunt; habet oculos; nam inde intellegitur ille qui eget: Beatus, inquit, qui intellegit super egenum et pauperem. Habet aures, de quibus dicit Dominus: Qui habet aures audiendi, audiat. Non sunt membra distincta per locos, sed intellectu totum simul videt qui habet caritatem. Habita, et inhabitaberis; mane, et manebitur in te”.* Agustín, *In Io. ep.*, 7, 10: PL 35, 2034.



La caridad manda desde dentro, movida por el Espíritu Santo, y depende de la agudeza del sentido interior que esa voz no quede en el olvido para que no nos mostremos indiferentes ante el hermano que sufre.

## CONCLUSIÓN

El comentario agustiniano a la primera epístola de san Juan presagia y lleva a cabo un tratamiento extenso sobre la caridad, que llega hasta la afirmación joánica de que Dios mismo es amor. En este sentido, Agustín comenta fielmente la epístola y desentraña las implicaciones que se siguen de la ruptura de la caridad.

Hemos podido constatar también cómo su corazón de pastor se conmueve ante la ceguera de quien presume confesar a Cristo rompiendo la unidad y esta compasión le impulsa a exhortar constantemente a terminar con la división. De ahí que el obispo de Hipona se refiera a la caridad no como un mero sentimiento ni siquiera como un don recibido pasivamente. La caridad es activa y operante. Se recibe como semilla y debe cultivarse hasta alcanzar el fruto: aquella caridad perfecta que conduce al sacrificio supremo de entregar la propia vida por el hermano.

En este camino se pasa necesariamente por el amor al enemigo, con vistas a que se convierta en hermano y se transita, desde el principio, por la práctica de las obras de misericordia.

Efectivamente, en el comentario agustiniano, las obras de misericordia se han revelado como indicio, efecto y combustible de la misma caridad. Si bien es cierto que la caridad de Dios se derrama como un don, no puede recibirse en el recipiente lleno de vinagre que somos nosotros mismos. Gracias a la misericordia aprendemos a vaciarnos de nosotros, puesto que dirige nuestra mirada al hermano que nos necesita. Estas obras testimonian que nosotros mismos hemos recibido la misericordia divina y que queremos transmitirla al mundo. Al final, la pregunta definitiva ante la mirada del Juez justo será si amamos a Cristo hambriento, sediento, desnudo. De este modo, la misericordia anticipa el Banquete del amor que no tiene fin en la renovación de la solicitud cotidiana por el otro.

Agustín nos ha señalado un camino muy en consonancia con los frutos que ha dejado en la Iglesia la gran vivencia de este año de gracia transcurrido: nos propone ser misericordiosos para así poseer la caridad. Y poseyendo la caridad llegaremos a alcanzar a Dios, pues Dios es amor.

El Doctor de la caridad nos sacude de nuestra somnolencia y falta de compromiso frente a la miseria del mundo, llamándonos la atención sobre la autenticidad de nuestro seguimiento de Cristo. Insiste en que el criterio para saber si el Espíritu de Dios habita en nosotros es si se descubre en nuestro interior la caridad, porque si está la caridad, Dios está en nosotros. Desde que Dios habitó en esta casa, empezó el amor a ese Habitante y al hermano.<sup>74</sup> Desenmascarando el egoísmo, muestra con claridad el camino para renovar la vestidura de la caridad: mover nuestras entrañas, dejamos sacudir por el sufrimiento del hermano, luchar por remediar la miseria y la necesidad de nuestro mundo caduco.

Imitando el proceder de Cristo, a quien Agustín compara con nuestro Buen samaritano,<sup>75</sup> nos acercamos verdaderamente a Aquel que primero tuvo misericordia de nosotros y que generosamente entregó su vida para que saliéramos de las tinieblas y entráramos en su luz.

Si todo lo expuesto en estas páginas nos enciende el deseo por el amor, que nueva también nuestra voluntad para volver a encontrar al Dios amor, amando al hermano y tolerando todo en bien de la unidad. Durante la predicación de sus homilías, Agustín conseguía enardecer a su auditorio, animándolo a seguir sus consejos. Sirvan sus mismas palabras para cerrar este discurso:

“En vuestra presencia se alaba la caridad; si os agrada, tenedla, poseedla; no tenéis necesidad de robarla a nadie, ni tenéis que pensar en comprarla: se ofrece gratuitamente. Retenedla, abrazadla; nada hay más dulce que ella. Si, cuando se la menciona, resulta dulce, ¿cómo resultará cuando se la posea?”<sup>76</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

Obras de San Agustín consultadas

*De Patrologiae cursus completus, series latina*. Paris: Migne, 1844-1864.

*Confessiones*, PL 32.

*Contra Iulianum opus imperfectum*, PL 45

<sup>74</sup> Cf. Agustín, *In Io. ep.*, 8, 12: PL 35, 2043.

<sup>75</sup> Cf. Agustín, *In Io. Ev. Tr.*, 41, 13: PL 35, 1699-1700.

<sup>76</sup> Agustín, *In Io. ep.*, 7, 10: PL 35, 2034. “Laudatur caritas vobis; si placet, habete, possidete: non opus est ut furtum alicui faciatis, non opus est ut emere cogitetis; gratis constat. Tenete eam, amplectimini eam; dulcius illa nihil est. Si cum commemoratur talis est, cum habetur qualis est?”

*De civitate Dei*, PL 41

*Enarrationes in psalmus XXIX* (II), PL 36

*Enarrationes in psalmus XLIX*, PL 36.

*Enarrationes in psalmus LXXVI*, PL 36.

*Enarrationes in psalmus LXXXV*, PL 37.

*In epistulam ad parthos Iohannis tractatus*, PL 35.

*In Ioannis Evangelium tractatus*, PL 35.

*Sermo XCV*, PL 38.

*Sermo CCVIX*, PL 38.

*Sermo CCCLVIII A, Patrologiae latinae supplementum*. Turnhout: Brepols, 1960), vol.2.

Traducciones de las obras de San Agustín:

De *Obras Completas* de San Agustín, editorial BAC:

*Enarraciones sobre los Salmos* (3º). Editado por Balbino Martín Pérez. Madrid: BAC, 1966, vol. 21

*Homilias sobre la Primera Carta de San Juan a los Partos*. Traducción de Pío de Luis Vizcaíno. Madrid: BAC, 1985, vol. 18

*Las Confesiones*. Traducción de Ángel Custodio Vega, revisada por José Rodríguez Díez. Madrid: BAC, 1974, vol. 2

*Sermones* (2º). Traducción de Pío de Luis Vizcaíno. Madrid: BAC, 1983, vol 10.

*Sermones* (5º). Traducción de Pío de Luis Vizcaíno. Madrid: BAC, 1984, vol 25.

*Sermones* (6º). Traducción de Pío de Luis Vizcaíno. Madrid: BAC, 1985, vol. 26.

Tratados sobre el Evangelio de San Juan (36–124), editado por Vicente Rabanal, (Madrid: BAC, 1965).

*La Ciudad de Dios*. Traducción de Santos Santamarta y Miguel Fuertes. Madrid: BAC, 2009.

## OTROS AUTORES

Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, edición dirigida por Francisco Barbado Viejo (Madrid: BAC, 1950–1964).

Benedicti, Pp. XVI, “Spe salvi”, *Acta Apostolicae Sedis* 99 (2007): 1011–1012.

Ratzinger, Joseph, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2007.

Von Balthasar, Hans Urs, *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?* Barcelona: Herder, 1986.

Francisco, Pp., “El receptáculo de la misericordia es nuestro pecado”, *Síntesis de Boletín*, Oficina de Prensa de la Santa Sede, 2 de junio de 2016. Consultado el 21 de junio de 2016. <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2016/06/02/segunda.html>